

2252

J.RAO

LUIS HUMBERTO DELGADO

EL MONUMENTO  
A  
GRAU

Carta abierta al escultor español  
Victorio Macho.



DICIEMBRE DE 1940

LINA HUMBERTO DELGADO

EL MONUMENTO  
A  
GRAU

Carta abierta al escultor español  
Victorio Macho.



2252

4 JUN 1947

## El Monumento a Miguel Grau

---

*CARTA ABIERTA AL ESCULTOR ESPAÑOL  
VICTORIO MACHO*

---

Miraflores, 26 de diciembre de 1940.

Señor don Victorio Macho.—San Miguel.

Muy señor mío:

El 21 del presente mes, visitaba a usted, con el propósito de conocer su proyecto del Monumento a Miguel Grau, que el Gobierno del Perú, con laudable celo patriótico le había encomendado, después del fallo de la Comisión nombrada con ese motivo, y cuyo valor, según se me informa, ascendía a cien mil dólares, moneda americana, o sea su equivalente actual, seiscientos cincuenta mil soles peruanos.

Conversé con usted y escuché la lectura de la descripción del Monumento que había ya modelado en una pequeña maqueta. No me atreví entonces a expresarle mi opinión de palabra, pero le prometí hacerlo por escrito, lo que cumplo con íntima satisfacción, porque sé que me dirijo a un artista que puede comprenderme.

El Monumento ideado por usted, es muy inferior al que conmemora la acción del 2 de Mayo de 1866, que se encuentra erigido en la Plaza de su nombre; inferior, también, al de Bolognesi, en la Plaza que recuerda al héroe de Arica; finalmente, muy modesto, comparado con el de San Martín, colocado en el corazón de nuestra capital.

Siendo más reducido en proporciones, en líneas y en grupos escultóricos, que los dos primeros, no lo es, sin embargo, en belleza y perspectiva. Se destaca como un arquitectónico pedestal, más que como un monumento majestuoso. Su conjunto es hermoso. Armonizan los pequeños atributos con el todo de la obra. La verdad, que la parte artística, dejando a un lado la grandiosidad, que no la tiene, los demás detalles son el producto de su concepción, que yo no sé si ella ha podido manifestarse en algún monumento de dimensiones e interpretaciones múltiples, que según se me ha dicho, no es la especialidad de usted.

Pero nada vale esta explicación ante el fondo mismo de la cosa que trato. ¿Dónde está Grau, en su Monumento? ¿Por qué lado se destaca o se adivina su figura epónima, su cabeza clásica de hidalgo español? Busco su barba partida, acerada por los vientos marinos y sus ojos hondos y su nariz ancha y su boca pronunciada bajo el espeso bigote. No asoma por ninguna parte su frente despejada, ni su cuerpo grueso con la elegante levita que esbeltece sus hombros poderosos. Faltan las manos del héroe que se encallecieron sobre el timón del "Huáscar", y sus piernas ágiles, uno de cuyos fragmentos sirvió para llenar el túmulo de sus cenizas en nuestra gloriosa Cripta. Y con esta lamentable ausencia del personaje que se trata de perennizar, falta la arrogancia de los lugartenientes y tripulantes de la fantástica nave que en su carrera victoriosa surcó las aguas del Pacífico. Y como falta todo y todo se encierra en el misterioso simbolismo, el cuadro total de la epopeya aparece mutilado sin la presencia en él del autor del drama más estupendo de la guerra naval de 1879. El desnudo y la altivez pagana, han impedido que en la cintura de los héroes de su imaginación se apretara la immaculada espada que fué la inseparable compañera de una vida y de una carrera de triunfos.

Me dice usted que es un monumento simbólico. ¿Cabe el simbolismo cuando se conoce al héroe, cuando el héroe es todo, cuando Grau es el "Huáscar" y el "Huáscar" es Grau, y los dos juntos son la gloria y la victoria de seis meses de infatigable y legendaria batalla de la guerra, que sirvió para que el enemigo se cuidara de invadir nuestra patria, mientras ellos rondaban el litoral y llenaban de esperanza el mar de América?

Dice usted, en su relación descriptiva del monumento, que la figura de Grau no se presta para dar hermosura al cuerpo escultórico y menos a sus grupos, por la barba del héroe y por la levita que viste. Pareciera que la estética y la línea artística desmerecieran ante el realismo del personaje que intentan simbolizar. ¿Es que la epopeya busca ti-

pos hermosos? ¿Cuándo los hubo? ¿No es cierto que los grandes hombres tuvieron una fisonomía inaparente e ingrata para el gusto mundano? ¿Recuerda usted los monumentos de Nelson, de Cervantes, de Quevedo, de Bismarck, de Gambeta? ¿Encuentra usted caras y cuerpos más feos, que no obstante han merecido el honor de ser inmortalizados en el bronce y la piedra, como los hizo Dios?

Esos monumentos y muchos más que podía yo traer a este recuerdo, los conoce usted muy bien. Pero se me diría que ellos pertenecen a una época pasada, en que la influencia del arte en Inglaterra, Francia, Alemania y España, tuvo infinitas variaciones, si bien sabemos que la escultura y la arquitectura siempre que han querido alejarse de sus orígenes han resultado perjudicadas y han vuelto a sus gloriosos comienzos. Pero entonces, refirámonos a los más recientes de Damidoff en Italia, de Foch en Francia, de Wellington en Inglaterra, de Washington en Estados Unidos, de Isabel la Católica y de doña María Cristina de Borbón en España, de Federico el Grande en Alemania. Esas obras fueron interpretadas por los más célebres escultores, entre los que se podía citar a Stevens, Dalon, Bartolini, Gallori, Ruggatti, Dupré, Vela, Genito, Monteverde, Dubois, Charpan-tier, Rodín, Brown, Benlliure, Querol, Fuxá, Oms, Cristian Rauch, Unger, Metzner. Grupos y estatuas, en unos y en otras, los personajes aparecen en un momento culminante de su vida, de aspecto ridículo como Beethoven, en Viena, arrogante, pero de una antipatía repelente, como Leopoldo II en Praga. Sin embargo, Zumbusch y Zauner, autores de estos dos últimos monumentos, han alcanzado la celebridad en el mundo artístico, presentando a sus héroes tal y como los habían visto.

A un artista le gusta que lo discutan, porque los que lo aplauden ciegamente, o son torpes o son bobos. Todos los que en algún ramo de la actividad de la vida y muy especialmente los que como usted, deben su carrera y su obra al arte y al espíritu que pusieron en ellas; todos los que tienen un corazón amplio y llevan en el alma la magnificencia de la bondad y del buen juicio; todos, digo, aspiran a la crítica que enaltece, al comentario que honra, a la alabanza que consagra. Desgraciados los que sueñan en la buena fortuna, sin haber antes pasado por los obstáculos y por los desfiladeros del abismo, de los que se sale purificado con la tenacidad en la lucha y con la renovación de las energías vitales y la perfección de las ideas por el sacrificio.

Yo lo catalogo a usted entre los artistas que son dignos de la crítica y del consejo. Bien decía Víctor Hugo, que el hombre superior saca provecho de una conversación con su

cocinera. Porque los ideales y las imágenes de la belleza humana, muchas veces se desbordan puras y cristalinas de los labios de una boca tosca y sincera, que de una garganta sutil y falsa, donde la envidia y el odio se anudan cada vez que ven agrandarse el horizonte de la victoria ajena.

Y en esta disyuntiva, dígame usted, ¿por qué no figura en su monumento la estatua o el busto de Miguel Grau? Si se confirma la expresión suya, de que la figura de nuestro héroe no se presta para encuadrar en la obra ideada y modelada por sus manos; ¿cómo es que en su reciente Exposición en la Escuela de Bellas Artes, exhibía usted una cabeza de Cajal, y en el catálogo la citaba como un estudio para el monumento del eminente sabio español?

¿No le parece a usted, y dígamelo sin pasión, de un aspecto estético mucho más detestable la cabeza de su ilustre compatriota ya citado, que la de Grau, el héroe peruano?

¿Por qué, siendo así, no ha escogido usted para Cajal un monumento simbólico como el que hoy nos presenta de Miguel Grau? ¿Podía citarme los monumentos de puro simbolismo que haya usted hecho y los que de ese mismo carácter figuren en las ciudades más importantes del mundo?

Largos años de residencia en Europa y mi reciente viaje al viejo mundo y a Estados Unidos y Buenos Aires, créame con sinceridad, no me han descubierto ninguna obra famosa de ese carácter, y si la hay, que no lo dudo, desearía saber dónde está, porque, o no tuve la suerte de que me la hicieran conocer o no la consideré de importancia. Y si esto último hice, debo de lamentarme, pues ello me habría puesto en condiciones de exponerle en esta carta mi opinión más fundada sobre la materia.

Pero, teniendo yo mis aficiones literarias e históricas y llevando en mi alma un pedazo de ese arte que decía Sarmiento anda adherido a cada hombre por salvaje o civilizado que sea; como tal, pues, tengo malicia y sospecha de que alguna razón más fundada y capital debió impulsar a usted, hasta el punto de obligarlo a desterrar del Monumento a Grau, al propio héroe a quien el Perú quiere glorificar con la obra que se le ha encomendado. Y ya no en la condición humilde y respetuosa en que me presento, sino en la condición altiva y dueña de su derecho, como debe ser la de todo peruano en asuntos de la gravedad e importancia del que trato, reclamo de la hidalguía de usted, decirme los motivos que lo han llevado a dar un paso semejante. Esos motivos deben y tienen que ser muy fuertes, porque un artista que quiere conquistar fama en una obra, no sacrifica su prestigio a un capricho y menos a un ensayo. Ambas cosas

podían ser perjudiciales para su carrera y podían influir desfavorablemente en el juicio público.

Dichas estas cosas, quiero agregar algunas más.

Hay un hado fatal que se cierne sobre Grau desde que viene al mundo, el mismo que persigue su memoria, tal vez porque la magnitud de su grandeza lo desafía y lo derrota. Ahora voy a decir a usted algunas cosas del héroe, las que me permití referirle en síntesis el día que lo visité y las que usted me hizo el honor de escuchar con verdadera atención. Lo hago para probarle hasta donde persigue la fatalidad a los hombres superiores. Todos los que alcanzaron título semejante, llevaron una vida atormentada y de tribulaciones, acaso para que de ese modo el apogeo de su recuerdo compensara la avaricia de los que de ella se vengaron mientras existía.

Grau comienza desde los diez años de edad, una carrera de lucha. Es su primera epopeya por la vida. Embarcado en un buque mercante, sin el calor de sus padres, cuya historia triste no quiero recordar a usted, trabaja como grumete y en esa calidad navega en mares y en buques que lo llevan a países que jamás había soñado. En el timón o en las bodegas, en la cubierta fría o en el camarote silencioso, su cerebro infantil principia a nutrirse con las brisas marinas.

Vuelve a su patria cuando tenía diez y siete años y cuando sólo se había instruido en las prácticas navales que más tarde le dieron opción para ingresar como oficial a la armada. Entonces principia en el vapor "Rímac", ostentando el título de oficial de mar. Poco después obtiene sus grados militares en los buques de guerra peruanos.

Creció en una época de inquietud revolucionaria y de caudillismo. Hubo un momento en que no pudo negarse a enarbolar la rebelión. La suerte le fué adversa. Vencido o traicionado, prefirió el trabajo y el ostracismo, antes que la cobarde capitulación. De aquí que su carrera no tenga nada que la empañe.

Con una aureola singular y sin haber nunca manchado su vida con delito alguno, lo encuentra la guerra del Pacífico. ¿Qué hizo este hombre para conservarse puro entre tanta podredumbre?

Acababa de llegar de Chile, trayendo los restos de su padre, cuando estalló el conflicto del Pacífico. Grau fué llamado al servicio activo para ocupar su antiguo puesto en el "Huáscar", que había abandonado momentáneamente para ingresar como diputado al Parlamento.

En abril de 1879, la guerra estaba encendida entre Bolivia, Perú y Chile. Desde ese momento principian sus co-

rrierías históricas por el litoral enemigo. El combate de Iquique lo llena de celebridad. La acción de Grau, en ese combate, no se contrae solamente a defenderse y vencer. Revítese su corazón de humanos sentimientos para salvar a los naufragos chilenos que iban a perecer bajo el poder de sus cañones. Con sus mismas manos socorre a los vencidos. Con su diminuto buque, el Comandante llevaba una grandeza de alma incomparable. Por todo el continente se hizo famoso su nombre y el mismo enemigo lo comparó con los semidioses.

Una historia fabulosa, tejió la celebridad de Grau. En los puertos y en pleno océano, su acción es triunfal, hasta el 8 de octubre de 1879, en que se ve acorralado por el enemigo. Cae él, le siguen en el puesto de mando Aguirre, Rodríguez, Gárenzon. ¿Dónde están, figuran acaso, ni a los pies de su monumento, estos hombres que junto con su jefe cumplieron su deber en actos incomparables?

Ese encuentro alcanzó las proporciones de una epopeya. Mientras Grau estuvo en el mar y el "Huáscar" con Grau, el enemigo no se atrevió a desembarcar un soldado en el territorio del Perú. Muerto el héroe y desaparecido su buque legendario, nuestras costas quedaron descubiertas y fueron blanco de la conquista chilena.

Estas líneas le llevarán una impresión aproximada del cuadro en que actuó Grau. ¿No son ellas dignas de haber sido en alguna forma o manera interpretadas por el cincel de usted?

Pero si eso no es bastante para demandar de su arte un tributo que sea la póstuma ofrenda de un pueblo a su héroe más famoso y glorioso, la Ley de 28 de octubre de 1879, que dictó el Congreso y promulgó el Gobierno de La Puerta, ordena la erección del Monumento "en el lugar más público de la capital de la república, en cuya parte superior se colocará la estatua del contralmirante Miguel Grau, con la siguiente inscripción: LA REPUBLICA DEL PERU A SU MAS HEROICO Y ABNEGADO DEFENSOR MIGUEL GRAU, y en la base se inscribirán los hechos gloriosos que se han realizado, lo mismo que los nombres de los demás jefes y oficiales, tripulantes y guarnición del "Huáscar".

Y yo me digo con profunda pena y emoción patriótica, ¿por qué no se ha cumplido esta ley al modelar usted las bases de su obra? Nada de lo que ella ordena, ha sido tomado en consideración.

En cambio, se nos presenta un monumento con un pequeño bajo relieve, en que aparece el "Huáscar" y los buques chilenos. Pero estas últimas naves dan la impresión

de ser infinitamente más pequeñas que la diminuta embarcación de Grau, cosa absolutamente opuesta, porque por su número, por su dotación de cañones, por su desplazamiento y por su poder combativo y de resistencia, los blindados chilenos eran muy superiores al monitor peruano.

Y luego esculpe usted una pequeña relación de los tripulantes del "Huáscar", obra de su capricho y de su selección, cuando la ley estipula que en el monumento se inscriban los nombres de todos los que en esa acción gloriosa estaban junto con Grau, inclusive el cocinero de la nave, porque todos eran héroes de un combate inmortal.

Considero que la fuente más preciosa que ha servido a usted, debe haber sido el primer tomo de la Guerra del Pacífico, por el historiador venezolano Jacinto López. Pero cómo pensar eso, cuando Jacinto López explica con detalles la gloriosa carrera del "Huáscar" y de Grau, y se convierte por su pasión y capacidad para juzgar a nuestro héroe, en el apologeta más brillante del conflicto entre el Perú, Bolivia y Chile?

Después que visité a usted, el 21 de diciembre último, salí desorientado y pensativo, en busca de consuelo y explicación. Ese mismo día ví a don Manuel Elías Bonnemaisón, sobreviviente del "Huáscar", y juntos conversamos sobre el Monumento que ha delineado usted. Qué impresión sentí ante las palabras del señor Elías Bonnemaisón! Decepcionado y amargado del olvido lamentable que en su obra se ha hecho del héroe, de sus hazañas y de sus compañeros, parece que revivían en sus ojos llenos de emoción, los recuerdos de un ayer glorioso, pero incomprendido por el artista sesenta años tarde.

Insistí en mi búsqueda. Hablé con Jacinto López, mi viejo y rebelde amigo. Él, al escuchar lo que yo le explicaba, no comprendía cómo podía hacerse un monumento a Grau sin Grau. Le parecía una equivocación y un desatino; pero la historia había sido fiel con nuestro héroe, pero la masa inerte del Monumento que usted proyecta, se negaría a retratarlo y esculpir sus facciones, como un recuerdo agradedido de la posteridad.

Y luego me detuve con un nieto del héroe, el señor Grau Aste. Su indignación y su dolor, me hicieron temblar. Pienso que Grau ya no es de su familia, sino del Perú, porque así suelen pertenecerse los héroes a los pueblos, pero he querido sentir de cerca el aguijón en la llaga, para probar si la sangre también respondía a la influencia ancestral en esta protesta.

Como estas conversaciones, he sostenido muchas con amigos dilectos y con extraños. No he tenido la fatalidad

de encontrar opiniones contrarias que hubieran desvanecido o apocado mi criterio sobre el Monumento de usted. Más, aún, han creído, dado el elogio que yo hacía de su arte, que bien podía estar Grau en las faldas de la Virgen de las Angustias, si es que en algo quería remediarse el lamentable error cometido, ya que ese grupo que figura en su proyecto, no es de su invención original, sino que pertenece a Miguel Angel, y su reproducción, perdónese me la frase, me parece una insignificante expresión del genio del artista que hoy lo evoca, pudiendo haberlo creado.

Respeto mucho la carrera artística de usted y le reconozco condiciones distinguidísimas para desarrollar sus ideas en el arte estatuario, admirablemente representado en su Exposición de la Escuela de Bellas Artes. La estatua yacente del Hermano Marcelo y el Cristo de Bronce, son un aporte valioso de su inteligencia, que yo no puedo menos que elogiar con sincero entusiasmo. Pero así como elogio estos exponentes aislados de su genio escultórico, lamento no encontrar ningún grupo o conjunto de personajes y hechos que autenticen su creación y originalidad. Tal vez resulte un profano, pero alguna cultura por insignificante que sea, tiene el hombre que mucho ha viajado y bastante ha leído. Mi primer ensayo en las letras, lo hice, precisamente, sobre los admirables dibujos de Juan García Calderón, a cuyo arte le dediqué una sencilla crítica, publicada en un libro primogénito, aparecido en 1922 en Roma.

Por eso tengo respeto por la obra de usted, y el mismo respeto me inspira el fallo de la Comisión que puede haber aprobado su proyecto de Monumento a Grau. Con esa misma pasión que ellos han puesto a favor de usted, seguramente con mayor capacidad artística que la mía, yo le expreso devotamente mis impresiones y los argumentos que tengo para pronunciarme en contra, no de la obra misma; sino del olvido lamentable que en ella se hace de la estatua del héroe y del recuerdo de sus compañeros en el glorioso monitor "Huáscar".

Pero, después de todo, dirá usted, ¿por qué toma este hombre tanto interés y por qué pone tanta pasión en reclamarme algo que parece no fuera fundamental?

Se lo diré a usted en breves palabras.

Considero que el mismo derecho que tengo yo, lo tiene todo peruano tratándose de Grau. Esto sería bastante. Sin embargo, hay otras razones más grandes, que a mí me amparan.

Nací en el Departamento en que nació Grau; escribí, a decir de la Marina de Guerra peruana, representada por cuarenta de sus más altos jefes, presididos por el Vice-almiran-

te Melitón Carvajal, por el Contralmirante Federico Sotomayor y Vigil y por el señor Manuel Elías Bonnemaïson, sobrevivientes del "Huáscar", la mejor historia del héroe de Angamos, opinión confirmada en dos acuerdos públicos y unánimes del Congreso del Perú, disponiendo que esa historia se enseñara por el Estado en los colegios y escuelas nacionales; fuí durante cinco años secretario del Comité del Monumento a Grau y gestor infatigable de esa obra; representé a la Municipalidad de Piura, en el concurso que se convocó para el Monumento en Lima, organicé ese concurso, y me cupo el honor de fallar a favor del monumento a Grau en la ciudad natal del héroe y de declarar desierto el certamen del que iba a erigirse en esta capital, y que usted ha tenido la suerte de obtenerlo al renovarse esta iniciativa, ya directamente.

Hay algo más. Fuí y soy uno de los panegiristas más entusiastas de Grau, y mis conferencias y producciones históricas sobre él, merecieron el honor de dictarse en la Escuela Naval del Perú, hogar de nuestros jóvenes marinos y en nuestro teatro Municipal, en la fecha de su Centenario, ante un público férvido, en el que figuraban los más altos dignatarios del Estado.

Múltiples intervenciones me han correspondido a favor del héroe de Angamos, en todo nuestro país, premiadas unas con Medalla de Oro por la Municipalidad de Lima, sancionadas otras por la crítica de América, desde "La Prensa" de Buenos Aires, hasta "El Comercio" de esta capital. Aún pertenezco al Comité que tiene a su cargo la erección del Monumento a Grau en Piura. Conozco, pues, profundamente este asunto y lo quiero y custodio con idolatría.

Después de todo lo dicho, hay una razón medular y vernacular, que demanda del Perú de hoy la veneración y el recuerdo de Miguel Grau. La generación que antecedió a la guerra de 1879, fué una generación dormida en los laureles que nuestro país había alcanzado con el dominio de los mares en el Pacífico. Ese conflicto nos quitó, por confiados, la preponderancia militar y naval y el prestigio que Castilla, otro de nuestros más grandes hombres, nos dió con la toma de Guayaquil. Por lo mismo, no se nos absolvería mañana del delito de haber permitido que se omita de su monumento al héroe que representa el sacrificio y la gloria nacional más pura y que es la más legítima identificación con la peruanidad que en nuestro tiempo trabajamos por revivir y recuperar para nuestros hijos.

Nuestro nacionalismo, para que no sea una utopía, tenemos que levantarlo junto a la imagen de los héroes peruanos. De otro modo, reemplacemos mejor esa palabra por

otra de un similar sonido, que se parezca al derrotismo y a la cobardía. Si usted quiere a nuestra patria y se siente tan cómodo y agradecido con su generosa hospitalidad, como me lo ha dicho, contribuya con su talento artístico a trabajar por la peruanidad, convirtiendo el simbolismo de su proyecto, en hechos y personajes, los mismos que fueron y serán por todos los siglos en el recuerdo del país.

Mienten quienes le aseguren que es nacionalismo ocultar al porvenir la gloriosa imagen de los que nos dieron lustre de heroísmo y tradición histórica. Que esos falsos juicios se pierdan en el necio bullicio de los derrotistas. Si puedo aceptar en usted el simbolismo en otra obra o acción que no permita ser representada de manera distinta, tengo que rebelarme para rechazar la especie de una peruanidad fingida, cómoda cuando hay que amadrinarla al carro de la adulación y difícil cuando hay que oponerla a los hechos consumados. En el caso del Monumento a Grau, concédame usted, como artista y generoso español, el privilegio de haber insistido tanto sobre la vindicación de un derecho que se encarna en el espíritu del más auténtico héroe nacional.

De llevarse a la práctica su Monumento, comprobaríamos con tristeza que, mientras Chile se honra en glorificar a Prat en sus plazas y paseos públicos, el Perú elimina la figura de Grau, cometiendo con ello, no solo una ingratitud sino una profanación que la posteridad no nos perdonará nunca. Tengo la esperanza de que nuestro Gobierno impedirá que se consagre este inicuo despojo.

Es por estas razones, que el proyecto de usted, me parece un hermoso altar sin la copa divina y una preciosa custodia sin la hostia de Dios. No estando Grau en su monumento, sólo figurará el ilustre nombre de usted adherido a una verdadera calamidad nacional.

Le saluda atentamente.

LUIS HUMBERTO DELGADO.

